

El vino de los versos

Gabriela Cantú Westendarp

SON LOS MITOS GRIEGOS el hilo conductor del más reciente libro de Elsa Cross: *El vino de las cosas, Ditirambos*, que sumerge al lector en las aguas embriagantes de Dioniso, dios del vino y el placer. *Ditirambos* es precisamente un sobrenombre de Dioniso y se refiere a las composiciones poéticas que en la antigua Grecia eran creadas como alabanza a la deidad. En la primera parte, la también escritora de *El diván de Antar* (Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1989) vierte una poética con un tono claramente bucólico propio de la poesía pastoril que de acuerdo a la mitología griega fue inventada por Dafnis. El libro comienza con un llamado (una oda). La voz poética invoca a un ser supremo, al mismo tiempo que afirma sentir su fuerza hasta el punto anterior al naufragio, ahí donde convergen la luz y las sombras. La composición gramatical no es compleja, sobre todo cuando se usa *como* en una comparación metafórica. Por su parte, los cortes de los versos, que varían entre dos y doce sílabas, son exactos. La disposición de los versos es la adecuada pues da la oportunidad de respirar el poema y contribuye a lograr el magnífico ritmo que lleva. Estas características del poema me hacen pensar en el portugués Eugénio de Andrade en *Lugares de la lumbre* que también se inscribe en la tradición bucólica y aunque el acomodo de los versos se justifica a la izquierda, resalta al igual que en Cross, su sencillez gramatical.

Me llamas desde los matorrales,
desde las hojas ahítas de tu savia.

Cualquier resquicio en el tezontle o agujero en la nube,
cualquier fisura en el aliento
me vuelca al sitio donde imperas

como un lirio morado,
una piedra sagrada,
una resina.

Te sigo y pierdo mi cuerpo
como quien se dispone a naufragar
o se vuelve pararrayos,
quien suspende del aire
su querrela contra el miedo
y se acerca manso
y se abreva en tu costado.

Allí donde tu voz se oye,
el mundo se vuelve
esa sustancia pálida.

Teje sus redes
el pensamiento a la deriva.

Acaso se encuentran
y convergen
las luces y la sombra.
Acaso se unen.
Nada queda del suelo donde te muestras.

Y yo te sigo,
tierra me vuelvo para sentir tus pies.

Se encienden,
flotan,
fibras de tu voz.

Me llamas en el vértigo.
Dejo caer el tiempo
como una fruta ingrátida,

dejo al río transcurrir
sin preguntarme
qué celadas tiende en el reflejo.

Allí tu voz
ensancha sus hojas,
y no hay cómo resistir
la nada que acecha tras tus formas.

Las hormigas horadan mi sueño,
abren filigranas bajo tierra
por donde ascienden tus otras voces. (p. 9)

El final de este poema, uno de los más bellos del libro, nos presenta, en la última estrofa, a “las hormigas”, que nos llevan a pensar en López Velarde, “un encono de hormigas en



mis venas voraces”, pues es tan fuerte este verso en la poesía mexicana que la hormiga nos hace pensar en sangre y en ardor. Pero volvamos a Cross y a su poética, a esta particular estrofa, después de haber leído todo el libro y tomando en cuenta su título, creemos que en el vino están las hormigas, es más, en el efecto que produce el vino están las hormigas que inquietan y adormecen el cuerpo.

Los ditirambos comienzan enseguida de la invocación, incluyen ocho poemas en los cuales se le canta, como ya se decía, al dios del vino. Hay tres componentes que le dan mucha fuerza a esta parte, el primero de ellos es el ojo: “con más sombra en los ojos”, “tu pupila solar”, “tu mirada re-

fracta”, “en tus ojos no turbados”, “aunque el ojo se cierre”, “con tus ojos de tigre”. Estos y algunos otros versos le dan un gran peso a la mirada divina del hijo de una mortal y del dios más poderoso del Olimpo. Su mirada se extiende hasta tocarnos y hacernos sentir vulnerables. Los otros dos componentes son: la luz y las sombras, la atracción y el rechazo. Hay una especie de admiración y temor hacia la fuerza divina que va creando un estado de suspenso o una suerte de limbo.

¿Y quién podría
—aun sabiendo tu poder de muerte—,
quién podría fulminar
el deseo escondido
en cada hoja,
en cada colibrí? (p. 25)



La parte tercera del libro, “Eolides”, hace referencia a las hijas del dios del viento, Eolo. Este apartado, no casualmente, está formado por doce poemas; Eolo fue padre de seis hijas y seis hijos. Los poemas son breves al estilo del haikú y son una serie de odas en torno a estas ninfas. Después sigue “Cántaros”, en el que se crea un ambiente líquido: agua y vino se mezclan. Es notorio, en esta parte, las aliteraciones a las que recurre la autora para lograr los poemas. El uso frecuente de la *ll* y el golpe de las *t*.

A cántaros
entra el agua por la cubierta.
Bajo el chubasco

gritos,
retiembla la barquilla. (p. 39)

El cosquilleo del sol
desprende del letargo
a un pequeño lagarto.
Alegatos de patos
nítida sombra el vuelo. (p. 40)

Cross sigue con “Oceanides”, hijas del mar o del océano, un dios a semejanza de todas las fuerzas de la naturaleza. A esta parte la forman doce poemas cortos, que dicho sea están más logrados que los poemas de las hijas del viento; estos versos nos dibujan a las ninfas en sus dos extremos: dulces y crueles.

Sus oleadas
atraen al mismo tiempo
que rechazan
cortan la carrera de los cangrejos
llenan de madre perlas
la espada de los amantes (p. 48)

Siguen las “Ofrendas” a Kypris o Afrodita, a Kore y al dios del sol, Apolo. La autora se olvida de los haikús por un momento, y vuelve a los poemas más extensos (aproximadamente una cuartilla). Pero enseguida regresa a los textos cortos, evocando a las hijas de la noche. La parte final: “Canciones del Egeo”, es la menos lograda del libro. La musicalidad de los textos es diferente al resto de las secciones. Se advierte una especie de sonsonete creado en parte por el uso de rimas consonantes y de reiteraciones. Además, pensamos que no se justifica la disposición de los versos.

Sus trazos paralelos
se separan
hacen de su voluta
un corazón

En su espiral de espuma
se detiene
el eco de tu voz—
ebullición (p. 78)

El legado de los griegos ha sido maravillosamente fértil en la poesía en lengua española, Elsa Cross se suma a la lista de poetas que han seguido la tradición. Una característica en el caso de Cross, es que aunque su poesía refresca a los personajes, estos permanecen dentro de una atmósfera helénica en contraste con algunos otros autores en la última década, como Francisco Segovia en “Fin de fiesta” y Héctor Carreto en “Coliseo”, quienes han mezclado elementos de otros contextos con los personajes o mitos griegos.

Los poemas de Elsa Cross se desarrollan, cien por ciento, en el ambiente de los antiguos griegos; en sus textos no se incluyen elementos que violenten el espacio que identifica a las deidades y personajes ahí citados. Apolo (Febo), aunque renovado, sigue siendo el dios de la luz que lleva el carruaje y las flechas solares. Se confirma lo mismo para Dioniso, Afrodita o para las musas de la noche, del viento y del mar. De esta manera en ochenta y cuatro páginas, Cross hace una propuesta que merece ser leída. •

Elsa Cross, *El vino de las cosas: Ditirambos*, México, Era, 2004.

GABRIELA CANTÚ WESTENDARP es licenciada en estudios internacionales por la UDEM. Ha colaborado como periodista en televisoras locales y nacionales. Becaria del Centro de Escritores de Nuevo León, ha publicado los poemarios *Tejidos del tiempo* (Conarte / Verdehalago, 2003) y *El efecto* (Conarte, 2006).

